

•Entre la realidad y el mito•

Emilio Benedicto Gimeno

En el actual término municipal de Monreal del Campo se han localizado varios yacimientos arqueológicos que se corresponden con asentamientos de época antigua. Estos yacimientos fueron inventariados y sintetizados en la carta arqueológica de Aragón¹, citando los siguientes:

a) Cerro de la Cautiva. En el sector oriental del término municipal, adyacente al de Rubielos de la Cérida, en las estribaciones de Sierra Palomera, se localiza un asentamiento del bronce medio, constatado tras la aparición de un conjunto de industria lítica (raspadores, láminas retocadas, sílex, etc.) con cerámica a mano. Posee una situación estratégica entre el valle del Jiloca y el interior de la Sierra. Posiblemente sea uno de los yacimientos más antiguos de la localidad, aunque su conservación actual es muy mala debido al aterrazamiento del lugar y a la destrucción de todos los niveles estratigráficos.

b) Cerrillo de Villacadima. Tras encontrar un fragmento de cerámica del tipo "terra sigillata" los arqueólogos lo consideraron un posible asentamiento imperial romano, sin poder afinar con mayor grado su extensión ni cronología. A comienzos del siglo XXI, al construirse la autovía Zaragoza-Teruel, fue objeto de una campaña de excavación en la que se documentaron otros objetos materiales y algunas estructuras constructivas. El informe de la excavación está inédito.

c) El Castillo. En el montículo que corona la plaza de Monreal, junto a la iglesia, el Museo Provincial de Teruel localizó en abril de 1983 cerámica de técnica ibérica y romana imperial, situada en un solar sobre el que se planteaba construir un nuevo edificio.

d) La Linda. Se trata de un asentamiento ibérico y romano imperial localizado sobre un espolón, en la margen derecha del río Jiloca. Se aprecian restos de escorias de hierro producto de la fundición de metal. También se encontraron 14 fragmentos de cerámica hecha a torno y 11 fragmentos elaborados a mano, ambos de época ibérica. En época romana se desplazó ligeramente el asentamiento hacia la vega y creció de tamaño, pudiendo alcanzar una extensión de unos 5.000 metros cuadrados. La presencia de cerámica romana es muy numerosa, destacando la terra sigillata y algunas "tegulae" o tejas romanas. Se desconoce cuál fue la evolución de este pequeño poblado, pero pudo continuar hasta la Baja Edad Media, ya que apareció una moneda musulmana (un dirham de plata con recortado y frusto).

Es poco más lo que se puede contar del período antiguo en Monreal del Campo dada la escasez de investigaciones. La presencia íbera y romana está constatada y posiblemente alcanzó un cierto desarrollo en su relación con la elaboración y transformación del mineral de hierro que por esa época se obtenía en Ojos Negros. También hay que destacar que esta presencia antigua ha sido conocida por los vecinos de la localidad desde tiempo inmemorial. La existencia de escoriales de fundición de hierro en La Linda y en otros lugares (junto a Las Ventas, por ejemplo), además de abundante cerámica, hicieron estos yacimientos bastante visibles a los vecinos.

Incluso se tiene constancia de que alguien encontró un pequeño tesorillo de denarios compuesto por 18 monedas, 10 ibéricas de Bolskan y 8 romanas. La moneda más antigua está fechada en el año 110 a.C. y la más moderna en el 79 a.C., lo que nos hace sospechar que su primitivo propietario las ocultó durante las guerras de Sertorio y no volvió a recuperarlas. Las monedas se encuentran actualmente en la colección Juderías de Teruel. También se encontró, en otro momento, dos monedas de bronce, un as ibérico de la ceca de Bilibis y un as de Tiberio².

Dados estos antecedentes, la presencia de escorias de fundición y tesorillos, no es extraño que a lo largo de la historia se hayan fraguado algunas leyendas sobre la existencia de tesoros escondidos y de antiguos alquimistas que transformaban el hierro, tan numeroso en la comarca, en monedas de plata y oro. Una de estas leyendas es la Guasa del Moro, ambientada en uno de los yacimientos arqueológicos cercanos, aunque desplazada temporalmente a la Edad Media.

La guasa del moro.

José Hernández Benedicto

No he conseguido saber de dónde vino aquel moro parlanchín, evocador de la piedra filosofal, transformador del hierro en oro y de las piedras en plata, que decía proceder de la vieja Universidad de Huesca mientras predicaba prodigios de Hermes y Mercurio, de Júpiter y Maya. Mustafá, de quien he llegado a pensar que más que moro fuera judío, había atesorado monedas de todas clases, según ciertos rumores nunca demostrados, porque vivía en soledad, sin disponer de carro, mula ni asno, lo que no impedía verlo a diario, con talega al hombro, pasar desde el río a Pelonegro, o un poco más arriba, junto a la casa y paridera de la Guasa del Moro. No en la casa actual de relativa modernidad, sino en otra por allí situada, más cabaña que casa. Mustafá hacía extraño fuego cuya humareda desprendía claro olor a azufre, sales y ácidos. Bajaba al pozo que aún se conserva y gustaba beber el agua del abrevadero antes de chapuzarse en la balsa.

El moro Mustafá era sin duda alquimista que quizá no fabricara oro, pero sí lo tenía, de aquí que, en cada atardecer, fundiera monedas diversas, traídas en la talega, para convertirlas en manejables lingotes. A la vez, cocía hierbas, amasaba brebajes espirituosos y vendía pomadas y mejunjes.

Aunque nadie lo advirtió al principio, detrás del pozo iba creciendo un pequeño montículo, como si la tierra de aquel lugar sufriera hinchazón. El montículo subía poco a poco, con tal disimulado crecimiento que no podían percibirlo quienes lo veían a diario; pero sí quienes lo contemplaban con menor frecuencia.

La noticia corrió y se hizo comentario en masías y poblados, llegando a la conclusión de que Mustafá, más que moro judío, iba enterrando monedas y lingotes de oro y plata, talega a talega, y hay quien aseguraba haberlo visto con una piel de toro, en cuyo interior se suponía enterrado aquel inmenso tesoro.

El legendario relato no aclara qué fue de Mustafá. Podemos incluso suponer que su espíritu vigila desde alguna secreta parte del lugar, porque el pequeño montículo, la hinchazón de la tierra la he visto yo desaparecer cuando gentes de mi familia sacaron la piedra hasta entonces enterrada.

Con ella se construyeron cercas y pequeños muretes de contención, pero no apareció la piel de toro ni moneda alguna.

¿Estará el tesoro de Mustafá en otro lugar lejano o próximo?

Otra de las opiniones populares más generalizadas, que han dado lugar también a algunas leyendas, es la ubicación de Albónica en Monreal del Campo.

El topónimo de Albónica procede del denominado Itinerario de Antonino, un documento de época romana en el que se detallan las principales vías de Hispania con el número y distancia de las mansiones que jalonan su camino.



La presencia de abundantes escorias de hierro en los antiguos yacimientos ha fomentado la aparición de leyendas relacionadas con la alquimia.

Ha sido objeto de numerosos estudios ya desde el siglo XVII, pues una de las primeras ediciones que se conocen fue publicada por Zurita en el año 1600. Desde entonces han sido numerosos los historiadores que han intentado localizar la ubicación actual de cada una de las mansiones, a veces con resultados muy controvertidos.

La ruta del Itinerario de Antonino que nos interesa es la que se dirige de Caesaraugusta a Laminio (Fuenllana, Ciudad Real). Esta ruta tiene 249 millas (368 km.), recorriendo gran parte del Sistema Ibérico de norte a sur. Partía de Zaragoza remontando el río Huerva para saltar, posteriormente al Jiloca. Después se desviaba por Albarracín para, desde allí, atravesar el Sistema Ibérico hasta Tarazona de la Mancha en la provincia de Albacete. En su recorrido, siguiendo el valle del Jiloca, está claro que atravesaba el actual término municipal de Monreal del Campo.

El Itinerario, desplazándonos de sur a norte, señala las siguientes mansiones y distancias:

Mansiones	Distancia entre mansiones (leguas)
Item a Laminio alio itinere Caesarea	
Augusta	m.p. CCXLVIII
Caput fluminis Anae	m.p. VII
Libisusia	m.p. XIII
Parietinis	m.p. XXII
Saltini	m.p. XVI
Ad Putea	m.p. XXXII
Valebonga	m.p. XL
Urbiaca	m.p. XX
Albonica	m.p. XXV
Agiria	m.p. VI
Carae	m.p. X
Sermonae	m.p. XXVIII
Caesaraugusta	m.p. XXVIII

Albónica aparece mencionada como la octava mansión del itinerario procedente de Laminio, a 73 leguas de Zaragoza (107 km.). Los historiadores la han localizado en diferentes lugares. Agiria ha sido situada tradicionalmente en Daroca. Ceán Bermúdez, en 1852, se inclinaba con ubicar Albónica en Calamocha, tanto por su situación cuanto por la presencia de un puente romano que se conserva en este lugar. Tragia la localizaba entre Torrelacárcel y Camañas. Otros autores como Miguel Cortes, P. Pruneda y José M. Catalán de Ocón la han identificado con Monreal del Campo, argumentando que el Itinerario seguía el curso del río Huerva hasta el Pancrudo, lo que reducía la distancia a Zaragoza. Incluso algunos la han situado en Alba, contando con la innegable relación etimológica entre ambos topónimos³.

Si los antiguos historiadores, analizando las fuentes y los restos arqueológicos conocidos, no se ponían de acuerdo, la controversia surgió cuando tomaron parte los eruditos locales, muy interesados en identificar a su localidad con una de las antiguas mansiones romanas. Tener un pasado romano documentado se convertía en un símbolo de la localidad, de un pasado glorioso que tenía que reflejarse, obligatoriamente, en un futuro esperanzador⁴.

En Monreal del Campo fue Hernández Benedicto, citando a antiguos historiadores, quién más empeño puso en difundir la mansión de Albónica como el origen más remoto de la localidad, situándola en el yacimiento de la Loma. La existencia de un asentamiento importante y el hecho, reflejado en las leyendas locales, de que aparecieron algunos tesorillos en el término (hecho real, como hemos visto), eran motivos más que suficientes para tal adscripción. La relación quedó reflejada en su libro *Monreal, trono de Dios*, y en la recopilación de varias leyendas, una de las cuales se introduce en esta historia local líneas más abajo. El nombre caló hondo en las conciencias colectivas, lo que originó su uso en algunas asociaciones y empresas, como por ejemplo la Cooperativa Albónica.

Este proceso de creación de nuevas memorias históricas, a veces sin base histórica que las justifique, no fue exclusivo de esta localidad. En Calamocha, muy interesada también en obtener un pasado romano que atestigüese –y en cierto modo justificase– su pretendida capitalidad, también se utilizó el nombre de Albónica para identificar los orígenes del pueblo y acabó dando nombre a una discoteca y a una marca de gaseosas. Daroca, con el hostel Agiria, hizo lo propio unos kilómetros más allá.

M.A. Magallón, en uno de los estudios más completos y recientes sobre las vías romanas en Aragón, introduce la hipótesis de situar Albónica en Fuentes Claras, pero tampoco son afirmaciones fiables. Dados los conocimientos actuales sobre la época romana en el valle del Jiloca, no es posible ubicar con total seguridad estas mansiones. La ruta desde Laminio a Caesaraugusta es una de las más difíciles de reconstruir, pues faltan bastantes investigaciones sobre los yacimientos arqueológicos que se conocen para poder relacionarlos con la situación de las mansiones.

Esperemos que investigaciones posteriores arrojen algo más de luz sobre la antigüedad de Monreal del Campo, sin duda alguna muy interesante.

La leyenda de la fuente de la Linda.

José Hernández Benedicto

El manantial se encuentra junto a la moderna acequia que riega frutales y hortalizas con agua desviada desde el río, donde la antigua Albónica difícilmente recibía la anhelada caricia del intenso sol. Vamos, por tanto, a la raíz de nuestra memoria histórica, al comienzo de la maternidad cultural que Roma representa.

Se dice que en aquella vanguardia figuraba un maduro, elegante y antiguo Centurión que se prendó de una bella albonicense morena, menuda de cuerpo, con larga melena apenas peinada, y brillantes ojos negros por los que asomaba la gozosa mirada de su inteligencia. Los romanos la llamaron Lucenta, es decir, iluminada, porque sus gestos significaban la eterna alegría de vivir.

Acompañaba la bella albonicense la venerable ancianidad de su padre, experimentado guerrero en duras batallas dibujadas en las cicatrices de su torso y de su cara. Padre e hija vivían en limpia cueva excavada bajo el otero próximo al río, lugar de envidiable sosiego, con abundante y natural arbolado de cuyas hojas, flores, semillas y raíces se extraía una parte importante de la alimentación humana, complementada con la carne y grasas obtenidas en feroces cacerías. Para estas cacerías y para su custodia, poseía Lucenta una pantera a la que crió, alimentó y domesticó desde que fuera un cariñoso y juguetón cachorrillo.

El antiguo Centurión prendóse pues de Lucenta y, como ella lo rechazara, con iracunda expresión quiso vengarse de la manera más miserable, acusando a padre e hija de falta de sumisión al Emperador de los romanos. El padre intentó aplacar las iras del veterano Centurión, a quien obsequió con Linda, la pantera fiera, fiel y cariñosa crecida junto a su dueña Lucenta, llevada como singular presente a la autoridad romana residente en la antigua Bilbilis.

Aún así, persistió el deseo del viejo romano, haciendo que padre e hija fueran deportados a Bilbilis acusados de desobediencia, convertidos en esclavos primero y, condenados a las fieras, después...

En los graderíos, el populacho bebía, gritaba y se enardecía con el juego cruel de los gladiadores, esperando para la apoteosis final el número de las hambrientas fieras.

Hecho el silencio sonaron los clarines quedando expreso sobre la arena el conmovedor cuadro de un anciano y de una jovencita que se abrazaban. Chirrió la puerta de la jaula por la que apareció un tigre alocado en veloz carrera saltarina e, inmediatamente, con idéntica fiereza, una pantera que fue hacia la pareja echándose a su lado, sin hacer gesto alguno de fiereza. Padre e hija volvieron en sí:

¡Lindaj... ¡Es Lindaj ¡ La pantera de Lucentaj

El público, sorprendido e impresionado, inició con creciente griterío la petición de perdón, ante la cual el notable romano que presidía en la tribuna, agitó la mano derecha con el dedo pulgar hacia lo alto. Sin mediar palabra alguna, Lucenta y su padre salieron de la arena seguidos por Linda y aclamados por quienes antes los condenaban.

Río arriba, en tres largas y felices jornadas, acogidos por los poblados cultivadores de sabrosos frutos y mantenedores de habilidosos alfareros, regresaron al familiar otero, encontrándose sedientos. Linda olfateó, escarbó, ahondó sobre la tierra esparcida y vió brotar un hilillo de agua limpia, clara y cristalina que se hizo perpetua fuente. Desde entonces no ha dejado de manar: Es nuestra legendaria y siempre bendita Fuente de la Linda.



Fuente de La Linda, en cuyas proximidades se encuentra el yacimiento celtíbero-romano.